



BODAS DE ORO Y PLATA 2016

Los cincuenta han caído y nadie explica cómo ha sido. Antes se pensaba que eso de las Bodas era para gente mayor, muy canosa, con tal de que le quedase algo que blanquear, ahí está la suerte; ahora en cambio te llega una tarjeta del Prior General - y a mí ¿por qué? - tardas un poco en leerla, te felicita, y al poco asumes que tu *añada* va madurando rápidamente.

Menos históricos que los de Bodas de Oro se ponen los de Plata, de Presbíteros o de Profesos. Están completamente activos, en edad de merecer para este siglo y para el reino de los cielos. Todos nos citamos en el *Monasterio de Santa María de La Vid* que lucía en esa fecha como una joya tallada en líneas rectas sobre el verdor de la hierba que humedece el Duero; la piedra de los muros limpia y blanca como el día que la colocaron, casi te ofuscaba la vista. Ni una nube. Fue el 25 de junio del año del Señor 2016. Llegaron agustinos y familiares en número que no se podía calcular. Se cruzaba el gentío en pequeños grupos de allegados que se saludaban entre admiraciones, voces que ni el mismo cenobio podía soportar tan acostumbrado por ahora al silencio y a la soledad.

De todo esto se conserva imagen fehaciente en la memoria gigante de las cámaras fotográficas particulares y en las carpetas que generosamente difundieron por internet los aficionados. A parte del encuentro y de los saludos se hizo pronto la hora de la Eucaristía,

cuya concelebración presidió el P. Provincial, Agustín Alcalde. De la animación musical litúrgica se encargó el jovencísimo coro del colegio *San Agustín-Los Negrales* bajo la dirección incansable de Dña. Heidi. Ejercida que fue la participación laical de las partes de la Misa y llegada ésta casi a la Bendición sacó la carpeta el P. Secretario de Provincia, Julián Muñoz, que mandó a los altavoces sin ruborizarse la biografía del grupo de los llamados a parte ese día, mientras el Prior Provincial entregaba a cada uno una bellísima medalla de la Virgen de La Vid de muchos quilates con su cadena correspondiente. Después fuimos invitados a sentarnos en el refectorio o en las mesas de los claustros pues todo fue necesario para el banquete que nos habían dispuesto.

Recordamos en la ocasión con afecto a los PP. Gaspar Blanco y Herminio de la Red que nos han precedido en la espera de la resurrección; y del resto estos son sus nombres: PP. Isidro Escartín, Florentino Robles, José I. Mucientes, Mariano Hernando, Antonio de Mier, Pablo Tejedor, Cándido Martín, Félix Molleda y Profesión Solemne Fr. Pedro Castaño. Y las bodas de plata Sacerdotales los PP. Jesús Baños, Abelardo Benito, Ángel de Prado y Miguel Ángel Herrero; y de Profesión Solemne Fr. Rubén París y Fr. Jesús Sedano.

P. Antonio de Mier



Momento en el que renuevan su compromiso Sacerdotal.

AGRADECIMIENTO A DIOS

(25 de junio 2016 el La Vid)



P. Antonio de Mier Vélez.

Hemos llegado hasta aquí, Señor y Padre Nuestro, finalizando en estos minutos la expresión de agradecimiento por excelencia de los cristianos, que es la Misa o Eucaristía.

Muchas vueltas hemos dado, (unos más que otros), para nada, (o para casi nada, lo digo por mí), y que lo enseñe públicamente el que crea que trae mucho más en las alforjas a nuestra edad.

Por tu bondad, porque te ha parecido bien, hemos pisado muchos senderos de pueblos y de ciudades, (a decir verdad detrás de otros agustinos que nos precedieron), pero colgados siempre de ti, como lo estamos ahora con tantos familiares y amigos.

Al contemplar este día en el que nos concentramos defendidos por los muros del Monasterio, no pienso solamente en los de 25 años de presbíteros, de profesos, o en los de 50, sino en todos a los que nos has reunido en la iglesia ante la madre *Nuestra Señora de La Vid*, porque todos, todos celebramos tu misericordia en cualquier momento de la vida en el que nos encontremos, y eso es lo que cuenta. Estoy bien seguro de que cada uno de los presentes alimenta ahora un pensamiento agradecido.

En la mente y en el afecto tenemos también a los que de lejos imaginan nuestra fiesta en el *Monasterio de Santa María de La Vid*.

Muchos son los que nos han precedido, agustinos, familiares, amigos, vecinos; lo sabemos bien, medio siglo no pasa sin sucesos, por más que el tiempo se escurra disimuladamente con el sol de cada tarde.

Para ellos te suplicamos que tengan parte en la mesa de tu reino y nos ayuden a todos desde tu presencia, porque se va desdibujando con rapidez en la sociedad la vida de la FE, y sus manifestaciones.

Para el resto míranos con gafas de amor y misericordia.

A los de "Bodas de Plata" todavía les queda tiempo y espacio para equivocarse, y lo harán.

Los de las "Bodas de Oro", ya no podemos hacer mucho mal, ni aunque nos esforcemos.

Los años de servicio, de esfuerzo y de trabajo parecen muchos si se miran en el calendario, 50 años, (qué mayores vi yo a los dos primeros que celebraron la bodas de Plata en estas mismas piedras hace ya tanto tiempo, Agustín y Eliseo) sin embargo te decimos bien convencidos, Señor y Padre Nuestro, que lo que es por nosotros no te detengas en el apunte de las horas de dedicación y de responsabilidades ejercidas, esas hojas las puedes arrancar del manuscrito; porque nuestra seguridad se cimienta en tu bondad y tu misericordia, no en otro terreno; por eso hemos viajado hasta aquí unánimes, y con un corazón profundamente agradecido. (Ahora bendice por tu parte a los que nos han hecho bien a lo largo de la vida, sobre todo a los presentes)



Hermanos que celebraron las Bodas de Oro y Plata.



60 AÑOS SACERDORTALES



El día 16 de julio de 1956, en el Monasterio de La Vid, recibíamos el Ministerio del Presbiterado un pelotón de 17 agustinos. Hoy, vivimos siete (Cipriano, Gerardo, Miguel Escartín, Fernando Rojo, José Corredor, José María Vázquez e Hipólito); algunos han fallecido, varios tomaron otros caminos.

Quiere decir que, si no me equivoco – y debo señalar mi suspenso en matemáticas en cuarto año -, que llevamos ayudándole a Jesús a celebrar, la friolera de 29200 Eucaristías; y pongo la mano en el fuego por cada uno de los colegas que, a no ser por causa grave e imprevisible, todos los días la hemos celebrado. Sin duda, porque el Consagrante nos inculcó bien, en aquel momento, que la primera y principal misión del sacerdote es hacer de liturgo: “Ut offerat sacrificium”.

Por eso, nuestra convicción teológica certera de que, mientras un sacerdote pueda y quiera celebrar la Eucaristía, su vida no es inútil. Sencillamente, porque la Eucaristía, siendo una prolongación del sacrificio de la cruz, tiene, por sí misma, un doble valor latréutico y eucarístico, o sea, de adoración y acción de gracias al Padre, independientemente de la persona del sacerdote, porque es Cristo quien actúa, pero necesario para realizarlo. Tal vez, con mentalidad antigua, estamos convencidos de que, sin motivo razonable, sería lamentable si dejáramos de dar ese supremo culto al Padre.

Pero, confesamos que, a parte de esta razón netamente teológica, tenemos otros sobrados motivos para estar agradecidos: el privilegio de haber alcanzado y

ultrapasado las cumbres nevadas de los ochenta; la gracia de haber sido misioneros la mayor parte de nosotros, por muchos años; motivo de sano orgullo también, que uno de nuestra promoción fuera elegido para el supremo sacerdocio del episcopado.

Una cosa es cierta: nos ha tocado vivir tiempos eclesiales borrascosos y rebeldes, antes, durante y después del Concilio: Misa en latín, de espaldas al pueblo, ayuno eucarístico hasta del agua para poder celebrar la Misa, práctica del cilicio, rezo de las siete horas del Breviario, hábito en todo momento, vacaciones a España (por lo menos desde el Brasil) cada diez años... Por cierto que los tiempos han cambiado, no sé si

para mejor o para peor; son diferentes. Ni tampoco me atrevo a decir que la vida religiosa, en concreto la vida agustiniana, fuera hoy más vida religiosa, testimonial, comunitaria y fraterna que “la de antes”. A lo mejor, sí me animo a decir - ¿“saudades”? - que vivimos en carne propia, alegre y gozosamente, la frase de Agustín: “Mejor es necesitar poco que tener mucho” Y que hoy, sin duda, existe mayor confort, pero tenemos nuestras dudas si mayor felicidad religiosa. En fin, cosas de la sociedad y de la cultura posmoderna, que saludamos con gozo y alegría, porque también son cosas y tiempos de Dios. Les aseguramos que hacemos lo posible, pero mentiríamos si no reconociéramos que, a veces, nos cuesta.

Y, por favor, a los más jóvenes les recordamos una anécdota: en los años del Concilio algunos sacerdotes fueron a chusmear a Juan XXIII que ciertos sacerdotes ancianos seguían rezando la Misa en latín. El santo Pontífice les respondió: “Déjenlos tranquilos, que sigan rezando así hasta el fin de sus días y no les obliguen a hacer algo que les cuesta mucho” “Mutatis mutandis”, no será tan así nuestro caso, pero los tiros van por ahí.

Y, una última cosa: si pudiéramos elegir de nuevo el camino, - tal vez con más fidelidad, eso sí -, estoy seguro que, “los últimos de los mohicanos” elegiríamos el mismo.

P. Hipólito